

Respeto a las creencias

Los creyentes mismos son los primeros que han de respetar las creencias religiosas: las propias y las de los demás. Las matanzas indiscriminadas en nombre de Alá constituyen atentados contra la religión tan graves —o más graves aún— que una blasfemia. La invasión de un país (Irak) bajo la invocación de Dios, como lo hizo Bush, y al margen de la ética y de la legalidad internacional, es un acto no menos grave contra la humanidad y, por tanto, contra Dios. Los no creyentes tampoco están exentos del respeto debido a las creencias: se lo exige el más elemental sentido de la convivencia en un mundo plural y globalizado. Mil trescientos millones de musulmanes y su identidad cultural y religiosa estaban detrás de lo que (de manera abstracta) se denominan «creencias».

Cada cultura se identifica con sus propios valores. Los occidentales, por nuestra propia historia, apreciamos de manera particular la libertad de expresión. Pero ello no nos permite olvidar la historia —sobre todo la más reciente— y la situación actual de los musulmanes del mundo entero, con quienes hemos de buscar una convivencia justa y pacífica.

El Corán y Mahoma son los dos símbolos sagrados del islam. No era, pues, de extrañar que las caricaturas injuriosas contra el Profeta, publicadas por el diario danés *Jyllands Posten*, provocaran el pasado mes de febrero «una

tensión, casi una polarización, entre Oriente y Occidente y entre los mundos islámico y cristiano, sin precedentes en los tiempos modernos», según el primer ministro turco, Erdoğan, en carta a su homólogo español. A su vez, esta polarización puso de manifiesto una considerable **ignorancia e incomprensión mutuas** entre occidentales —más en concreto los de la Europa del Oeste— y la comunidad musulmana. Una ignorancia —¿o inconsciencia?— que parece afectar también a una parte de nuestros primeros defensores de la libertad de expresión: los periodistas. La ejercen en beneficio de nuestros países respectivos. Sin embargo, en la era de las comunicaciones instantáneas, no es permitido ignorar que tal libertad de expresión puede tener repercusiones a escala mundial. La libertad no tiene por qué ignorar el sentido político.

Según el presidente egipcio Mubarak, las ofensas a las creencias religiosas constituyen «el mayor peligro que amenaza a la estabilidad del mundo». Al parecer, el eurocentrismo, teóricamente superado desde el fin de la era colonial, no está aún borrado de las mentes. Y, apoyado en los nuevos medios de comunicación, ha mostrado sus potenciales peligros.

¿Qué libertad de expresión?

¿Las caricaturas de Mahoma (una de ellas representaba al Profeta con una bomba en su turbante, como verdadero «cabecilla» del terrorismo) pretendían provocar una reacción violenta de los inmigrantes musulmanes que justificara una serie de medidas más severas hacia ellos? De hecho, tal reacción no se produjo: los musulmanes de Dinamarca se limitaron a exigir disculpas. No las obtuvieron. Hasta que su imán, Ahmed Akkari, hizo una gira por el Próximo Oriente, tras la cual estalló la crisis. Para unos, la provocación nació en Dinamarca, para otros la desataron unos regímenes totalitarios de países con mayoría musulmana (Siria sería el ejemplo más claro) que encontraron en aquella publicación la ocasión de desviar la atención de sus graves problemas internos. El gobierno danés no intervino hasta que tuvo que lamentar las graves consecuencias políticas y económicas para su propio país y para Europa entera de unas «simples viñetas».

Ni en los países musulmanes las manifestaciones (al principio poco concurridas) fueron tan espontáneas, **ni la libertad de expresión de nuestros medios está de hecho a la altura de tan elevado ideal**. En

realidad, lo que los profesionales de la comunicación transmiten a la sociedad se encuentra sometido a la voluntad del empresario editor. Ellos lo saben y lo padecen más que nadie, por ejemplo el director de *France-Soir*, destituido al día siguiente de reproducir las caricaturas danesas. Otro ejemplo, tomado de la misma Francia: dos fabricantes de armamento y aviones militares, S. Dassault y A. Lagardère, controlan cada uno decenas de diarios y magazines en el país vecino¹.

Aun reconociendo la gran victoria contra la sumisión de las mentes que, en nuestros países, ha supuesto la libertad de expresión, tomarla como una especie de absoluto que se justifica por sí misma es caer en **un fundamentalismo parecido al que se pretende combatir**. Ciertos medios europeos incluso vieron en el escándalo de las caricaturas una excelente ocasión de hacer negocio (un semanario francés cuadruplicó su tirada). Otros reaccionaron por simple reflejo corporativista. En opinión del gran novelista alemán Günter Grass, visitante asiduo de Dinamarca, donde además vivió en una época crucial de su vida, «hemos perdido el derecho de escudarnos en el derecho de la libertad de opinión».

La libertad de expresión no es un derecho absoluto, como ningún otro derecho: todos han de ejercerse siempre sin menoscabo de otros derechos. El derecho legal de manifestar una idea o un sentimiento no significa que pueda o deba manifestarse en cualquier circunstancia. De hecho, el legislador marca frecuentemente los límites en que debe ejercerse cada derecho. En España el **Código Penal** tipifica la blasfemia como punible, sin precisar la religión de que se trate. Como también está tipificada la difamación, la injuria, el antisemitismo, el racismo, la pornografía infantil, la apología del terrorismo, etc. Concretamente, el artículo 525 castiga con pena de multa a quienes «para ofender los sentimientos de una confesión religiosa hagan públicamente escarnio de sus dogmas, creencias», etc. En Gran Bretaña una ley, aprobada a primeros de febrero del presente año, persigue el odio racial que se escuda en la religión con penas de hasta siete años de cárcel, y define el odio religioso como «odio hacia un grupo de personas definidas en referencia a sus creencias religiosas o a su falta de creencias religiosas». Esta ley refleja, sin duda, una toma de conciencia del actual multiculturalismo, incompatible con las injustas descalificaciones que a veces aparecen en los medios de comunicación.

¹ Ver «¿Crisis en la prensa diaria?», *Razón y Fe*, marzo 2005. 195–202.

De crisis como la presente **salen beneficiados los más extremistas de ambos bandos**, en particular Al Qaeda, esa organización a la que al mismo tiempo Occidente combate con ejércitos y misiles. Mientras tanto, las comunidades cristianas del Próximo Oriente y Nigeria están pasando por un nuevo calvario y las corrientes más aperturistas del mundo musulmán pierden terreno (en este país africano, como antaño en Europa, las rivalidades religiosas sirven de pretexto a otras de tipo étnico).

Europa Occidental: la excepción

A muy pocos habrá sorprendido que el punto de partida del escándalo de las caricaturas se haya situado en un país de Europa Occidental, como tampoco que su blanco fueran los países musulmanes. Según no pocos observadores, en las últimas décadas se está produciendo un nuevo «reencantamiento del mundo» en todos los continentes (incluida la América del Norte), menos en Europa Occidental. Un ejemplo de ello es la gran expansión que está alcanzando, con todas sus lagunas, el cristianismo llamado «evangélico». Tal fenómeno, entre otros, cuestiona a una Europa convencida, desde los años 60, de que, al modernizarse, el mundo se secularizará necesariamente, siguiendo su ejemplo. Pero la secularización europea (debida en buena parte a la amarga experiencia de la pérdida de fe en los paraísos marxistas y fascistas), en lugar de anunciar el futuro del mundo, ha pasado a ser una excepción a la regla general. «Los europeos, y sobre todo los franceses —escribía en su editorial de febrero el mensual *Esprit*—, deberían preguntarse por qué no son universalmente admirados ni deseados —más aún: por qué comienzan a ser tan universalmente odiados».

En Europa se sigue atacando las creencias, sobre todo las cristianas, generalmente con total impunidad. En la reciente feria de ARCO, en Madrid, pudo «admirarse» un Cristo absolutamente convencional con el único «valor añadido» de sujetar un misil en su mano derecha. No ha habido noticia de denuncias por tal motivo. En las circunstancias actuales, los cristianos estamos interiorizando la táctica de que más vale no denunciar, porque sólo se consigue dar mayor publicidad a aquello que se intenta silenciar: todo un síntoma de que el respeto a las creencias no goza de buena salud en nuestras sociedades.

«Reírse de la religión forma parte de la cultura en la que viven»: así nos ve Tariq Ramadan, ulema (doctor de la ley musulmana) y profesor de estudios islámicos en el Saint Anthony's College de Oxford. Por su parte, el gran rabino de Francia, Joseph Sitruk, miembro de una de las confesiones religiosas que más escarnios y persecuciones han sufrido a lo largo de la Historia, declaró que «compartía la cólera de los musulmanes». David Landau, director del diario liberal israelí *Haaretz* y representante del judaísmo laico, fue más duro aún cuando calificó todo este asunto de **«error grave, dictado por la arrogancia cultural de los liberales laicos occidentales»**; para él las viñetas eran «claramente blasfemas, inútilmente provocadoras y capaces sólo de generar odio y violencia (...) Se ríen de los símbolos religiosos y se creen superiores». Y el árabe laico Bichara Khader, catedrático de la Universidad Católica de Lovaina, consideraba que «representar la cabeza del Profeta coronada por una bomba disimulada con un turbante estigmatiza al islam en sí mismo, da a entender que la violencia es consustancial a la religión musulmana».

Según el cardenal Martino, presidente del Pontificio Consejo de *Justicia y Paz*, con una larga experiencia como observador de la Santa Sede en la ONU, estos acontecimientos han sido «una manifestación de arrogancia madurada en países ricos que no sienten respeto por la cultura de los demás» (esta descalificación por «arrogancia» ha sido repetida desde diversos ángulos). Navarro Valls, portavoz de Vaticano, por su parte, los calificó de «provocación inadmisibles». Poco después, el mismo Benedicto XVI, con motivo de la presentación de las cartas credenciales por parte del embajador de Marruecos, reclamó «que las religiones y sus símbolos sean respetados y que los creyentes no sean objeto de provocaciones que hieran sus iniciativas y sus sentimientos religiosos», aunque, al mismo tiempo, precisó que «la intolerancia y la violencia no pueden jamás ser justificadas como respuesta a las ofensas, porque no son compatibles con los principios sagrados de la religión».

Islam y violencia

Representar al Profeta como se le representó constituyó una descalificación del islam como tal y, por tanto, de todos los musulmanes. Pero, por otra parte, no sorprende que los ataques a la comunidad musulmana hayan escogido éste que puede designarse como **su flanco más débil**. Es absolutamente seguro que la violencia ciega y brutal

empleada por muchos musulmanes no es aprobada por todos ellos, incluso es condenada por no pocos. Sin embargo la falta de una autoridad o de un consejo supremo capaz de fijar unas orientaciones morales claras para toda la comunidad musulmana les está perjudicando notablemente.

Un factor que favorece el recurso a la violencia en tierras musulmanas es toda la historia del siglo XX, marcada por su sometimiento al colonialismo europeo (sobre todo francés e inglés) y al actual neocolonialismo, que ha desembocado —con la colaboración de los dictadores locales— en la aparición de **masas desesperadas**, sobre todo en el ámbito árabe, y fanatizadas por la humillación cotidiana que experimentan. En este contexto, el islam se les ofrece como el único signo de identidad que aún permanece intacto. Un segundo factor determinante es la falta de un movimiento cultural del estilo de la *Ilustración*, que les abra la puerta de la modernidad. Tarik Ramadan parece reconocerlo cuando afirma que «si nos colonizaron, fue porque éramos colonizables».

Tal manera de pensar indica ya el inicio de un cambio cultural, que Occidente debería alentar, en vez de frenar con provocaciones como la de las caricaturas, con su apoyo a los regímenes más retrógados o con guerras en las que nos hemos ganado, en pleno siglo XXI, el nada glorioso apodo de «cruzados». El comportamiento absolutamente mayoritario de los quince millones de musulmanes que viven en Europa —excluyendo a los fanáticos que cometieron gravísimos atentados— es un motivo para pensar que la convivencia entre estas dos culturas, dentro y fuera de Europa, es posible si por ambas partes se van corrigiendo unos errores demasiadas veces repetidos.

* * *

Resulta significativo que las declaraciones de Javier Solana, enviado como apagafuegos a los países del Próximo Oriente, fueran evolucionando desde una simple justificación a partir del derecho de expresión hasta admitir la necesidad de un respeto mutuo. Los medios periodísticos europeos, en general, siguen anclados en la autocomplacencia. Sin embargo, el proceder de los periódicos que provocaron y amplificaron esta crisis internacional da a entender que o todavía no saben en qué mundo viven (desde el punto de vista político, económico, cultural e incluso mediático —esto último sería el colmo—) o, si lo saben, no lo pueden transmitir a sus respectivas audiencias porque... no tienen libertad para decir lo que piensan, por la sencilla razón de que no se lo permiten quienes tienen el control efectivo

de dichos medios. En cualquiera de estas hipótesis, la **sacralización de la libertad de expresión** que se sigue cultivando en nuestro contexto cultural carece de verdadero fundamento. Otros derechos fundamentales del individuo (los de primera generación), como el derecho al trabajo, a una vivienda digna, etc., no gozan de la misma protección ni de una defensa tan acalorada en los medios. Por no hablar de los derechos colectivos de segunda y tercera generación, como el derecho de todos los pueblos al desarrollo, de los que no se oye hablar en los medios de comunicación de nuestras «sociedades avanzadas».

El resultado es que nuestra opinión pública vive, en general, de espaldas a las condiciones de vida de la mayor parte de la humanidad y de espaldas a los grandes problemas de las relaciones internacionales. Los políticos podrían informar a la ciudadanía sobre todos estos temas. Pero se guardan de hacerlo porque sería arriesgarse a perder muchos votos (la demagógica provocación, a la caza del voto, del ministro italiano de Reformas, Roberto Calderoli, al enseñar ante las cámaras de televisión su camiseta estampada con las malhadadas caricaturas, alcanzó el nivel de trágico esperpento provocando once muertos en Libia). Nuestra brillante fachada democrática esconde a veces una realidad menos gloriosa. Un motivo más para que la sociedad civil siga exigiendo de nuestros representantes políticos y mediáticos comportamientos más acordes con el mundo en que vivimos.

La crisis de las caricaturas ha dejado al descubierto que el respeto a las religiones y a las personas que las profesan en el mundo entero es, en la hora actual, absolutamente necesario para la paz mundial. El desarme armamentístico —incluido el nuclear— no se va a conseguir sin un desarme mental. ■



Pilar de la Fuente:
«Serie primavera»
Cera sobre cartón, 12 × 8